

# Paisaje apasionado

## El impresionismo de Fernando de América (1866-1956), en el Gustavo de Maeztu

D.C.

En América en Alava es hablar de impresionismo y de paisaje apasionado. Un paisaje, por cierto, que es a la vez un retrato. Porque eso, desde su primera timidez, es en última instancia lo que buscó en colores este vitoriano nacido en 1866, contemporáneo de los Maeztu y de los grandes maestros del impresionismo de entresiglos: Sorolla y Monet, al igual que Van Gogh, después, y el incandescente color de los fauvistas, durante una larga etapa final.

El maestro Gustavo de Maeztu ofrece hasta final de su vida una muestra de 23 de las casi 400 obras que dejó a su muerte el gran artista (1866-1956), y una selección de ellas es posible recorrerlo en un vasto itinerario: desde su primer impresionismo ("Rayos de sol en el parque de la Florida", de 1890 hasta un quehacer más desahogado y colorista si cabe ("Sauce del Zadorra plateados por el sol del Gorbea", de 1949), desde su primer paisaje a un progresivo acercamiento a un progresivo estado de exaltación del mismo.

Tras el llamado de América contra su extenso periplo vital y su obra relativamente corta como se ha indicado, apenas aludido de cuatrocientos cuadros y casi exclusivamente centrados en la búsqueda de su camino a través de los paisajes, en los que el pintor encuentra la ansiada soledad.

En su mismo su vocación artística o, al menos, la decisión de entregarse al lienzo, fruto sin duda de la desahogada posición económica de su familia. Incluso, cuando debe escoger su profesión, opta por Valladolid y el Derecho. El mismo América afirmaría que empezó a pintar hasta los 18 años, es decir, en 1884. De esa época son una serie de tablas sin título que constituyen el paquete iniciático de su obra: paisajes muy realistas, en su mayoría cascos, a los que sólo precedían algunas balbuceantes de niño.

América. Su trayectoria artística, en sus obras, es sorprendentemente variada y completa. Completados sus estudios de arquitectura y pacificado familiarmente por tanto, América se entrega con libertad al arte desde las noticias vagas que le llegan desde Europa a través de revistas culturales y la obra de algunos artistas españo-

les. En particular, Zuloaga.

Para América, con todo, el paisaje ha de ser agreste y solitario, «la naturaleza con su impetu y majestad de fuerza elemental», en palabras de Fernández Almagro. Antes de 1900, el pintor vitoriano ha viajado a Roma y ha establecido contacto con los grandes impresionistas españoles (Zuloaga, Regoyos, Sorolla). Pero el momento decisivo llega con su primer viaje a París, precisamente ese año.

Sisley, Monet y Whistler impactan al

al expresionismo. Es el impacto del *fauve*, que produce una rápida desmaterialización de sus cuadros, una disolución de la realidad, y consiguientemente una incidencia más acusada en el color.

La guerra civil, dicen, perturbó la vida y el arte del vitoriano, que nunca —por otra parte— se preocupó de hacer pintura vasca. América se encerró aún más en sí mismo, y el jardín de su casa se convierte en recurso temático habitual, algo especialmente significativo de su estado de ánimo. Al final de la contienda, con 73 años, el pintor se siente ya enfermo, si bien prosigue decidido su actividad artística combinando las tendencias impresionista y expresionista.



Fernando de Américo, al final de su vida

tímido alavés: la pincelada se le alarga y alborota, la pasta se le arremolina. Con la edad, América experimenta una liberación de su personalidad que se traduce también en libertad y alborozo artísticos. Enloquecen sus árboles, se agudiza la verticalidad, llegan incluso a cruzarse las líneas maestras de la composición dando lugar a un corazón de la obra que siempre apunta un camino.

Hacia 1915 está establecida por los estudios una transición en la obra de Fernando de América del impresionismo comentado a un modo de hacer más próximo

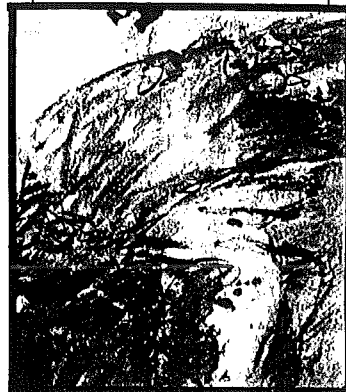
**INDEPENDENCIA.** En este punto, América busca lo real a través de las sombras y los reflejos, y esto revela una apertura de espíritu sin parangón en la España de posguerra, cuando el máximo atrevimiento que se permite Benjamín Palencia, renovador del paisaje, es un conjunto de figuras de regusto *fauve* por su color, aunque constreñidas desde el punto de vista formal.

En cualquier caso, en 1949 (sólo siete años antes de su muerte) se produce la explosión total expresionista en América. A sus 83 años, el artista se siente en el límite y trata de transgredirlo. Es consciente de los riesgos, y los acepta. Los sauces retorcidos y hablantes, las rocas, son, en cierto modo, una conjuración ante la muerte, algo así como los feroces cuadros eróticos del último Picasso o el negro del postrer Miró.

Al nivel de los Zuloaga, Sorolla, Regoyos o Angalda Camarasa, América es un artista «profundamente vasco, específicamente alavés, y ha de constar como uno de los más destacados miembros de la primera escuela vasca», según

José Corredor. Pudo haberse quedado en París o, simplemente, seguir concurriendo a los salones artísticos y afianzar un crédito que comenzaba a adquirir, pero prefirió el silencio de su Vitoria. Conoció directamente a los impresionistas franceses, pero tampoco se empapó de ellos sólo en lo que era afín a su modo de ver la realidad. Tímido, orgulloso, delicado, América pagó en vida su independencia, pero casi cuarenta años después de su muerte puede hablarse de uno de los eslabones clave entre la pintura del siglo XIX y la ya propiamente de nuestro siglo. ■

### • Pistas •



"Pastel y acuarela" 60x40cm

## Espacio entre arte y vida

D.C.

VICENTE Ruiz (Lorca, 1941) caminó sus primeros pasos artísticos de la mano del dibujo y el humor. En 1965 marchó a París, donde tomó clases en La Gran Chaumière y descubrió, sobre todo, a Jean Dubuffet. Posteriormente, ha realizado numerosos viajes a África y ha convivido en el Sahara argelino con los *tuaregs*, al tiempo que dedica semanas y meses enteros al estudio de las pinturas rupestres del entorno y colabora en excavaciones arqueológicas.

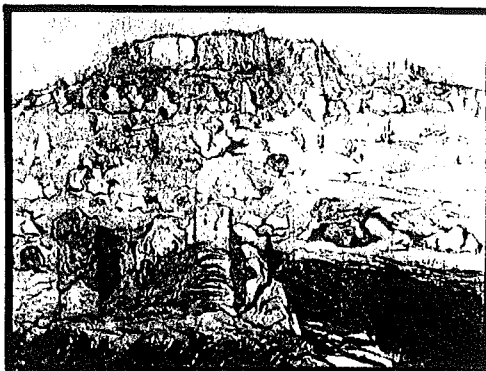
Este breve párrafo introductorio, a modo de prólogo, es necesario para entender la obra colorista y vibrante de este murciano que llega desde hoy a la galería Helene Rooryck de Pamplona.

De la larga trayectoria de Ruiz, iniciada en los años sesenta, cuando en el centros neurálgicos del panorama pictórico se están dilucidando la importancia del gesto y otros fenómenos, se puede destacar una serenidad ajena a las prisas del mundo. Detrás de un universo de manchas y grafías, símbolos algunos que entran directamente en contacto con culturales ancestrales, la obra de este murciano revela un modo de soliloquio plástico en el que de alguna manera, también, tiene cabida el color de las tierras y las sierras de su Lorca natal. Espacio geográfico, por cierto, como surgido de un embudo en el que la Historia ha ido depositando (y sedimentando) al paleolítico, la civilización ibérica, los romanos, los árabes y el mundo cristiano moderno, entre otros.

Dice el crítico Martín Páez que Vicente Ruiz es pintor de realidades soñadas. En cualquier caso, sus cuadros son eminentemente espaciales. Descubren algunas de sus series ("Descubres a un loco", 146x115cm; "Rutas de africanos", 180x150cm; "La última colilla" 146x115; o "Ayudemos a Javivi", por ejemplo) un espacio tan silencioso como lleno, denso en su ser habitado y en sus ecos, borroso y claro al tiempo. En última instancia, ese crisol de historias y lugares remite siempre al paisaje, ya sea desde su pintura figurativa primera o desde el expresionismo abstracto actual que cultiva el gesto. ■



"Una plaza en Navarra. Estella" (1935)  
Óleo sobre tela. 83x110cm



"El sol poniente incendia la sierra de Urbasa" (1952)  
Óleo sobre tela. 82x110cm.